EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL PADRE DE FAMILIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estio.
Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.
¡Presente, mi General!

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreux.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo.
Corona y tumba, ó el reinad[o de] Sigerico.
Cárlos I de España.

Duda en el alma, ó el emboz[ado] de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.
Don Alonso el Sabio.
Entre bobos anda el juego.
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmental.
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamarit.
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cristo. [(Pri]mera parte.)
El conde de Monte-Cristo. [(Se]gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el asa[lto de] la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo [...]
El génio contra el poder, [ó el] chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el casti[go, ó la] condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la edad.
El tio Martin, ó la honra[dez.]

EL PADRE DE FAMILIA.

EL PADRE DE FAMILIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON LUIS RIVERA.

Representado por primera vez en el teatro de Lope de Vega
la noche del 7 de Diciembre de 1859.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA	SRA. CARRASCO.
ISABEL	SRTA. BERROBIANÇO.
BRUÑA	SRA. TUTOR.
D. JUAN	SR. ROMEA (D. Julian).
ISIDORO	SR. ROMEA (D. Florencio).
FEDERICO	SR. GOMEZ.
D. GASPAR	SR. GARCIA.
LUIS	SR. OLONA.

La escena pasa en Madrid. La accion es contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada en casa de D. Juan.—Puerta al fondo. Á la derecha del actor, en primer término, la habitacion de Federico: en segundo, un balcon que dá al jardin. Á la izquierda en primer término, chimenea; en segundo, puerta.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ISABEL, D. JUAN, D. GASPAR, LUIS, ISIDORO. Al rededor de un velador, junto á la chimenea, tomando café.

GASP. Bueno es el café, don Juan;
yo no he tomado hasta ahora
en la capital de España
mas aromático moka.

JUAN. Un cliente, á quien un pleito
gané há dos años, me endosa
desde la Habana cigarros
y café. Cosecha propia;
asi manda lo mejor...
Es hombre muy rico.

ISAB. ¡Toma!
tambien te lo debe á tí,
papá.

GASP. ¡Cómo!

JUAN. ¡Eh! habladora.

ISAB. Pues, habladora: despues
que en vela pasaste todas

las noches mientras duró
el pleito ¿sales ahora
con que yo calle?—¿Te acuerdas?
Con mirada cariñosa,
—«duerme, Isabel»—me decias.—
«Tendrás mucho sueño,» y loca
de alegria, junto á tí,
bordando encajes y blondas,
mientras que tú trabajabas,
velaba yo hasta la aurora.

JUAN. Te salias con la tuya.

ISAB. Pues no faltaba otra cosa.
El pleito estaba enredado,
y puesto que en tu notoria
reputacion confiaban,
era obligacion forzosa
animarte en tus tareas.

ISID. Y lo ganamos.

GASP. ¡Hola! ¡hola!
¿tambien usted?...

ISID. (Saludando.) Escribiente
de don Juan, y á mucha honra.

JUAN. Mas que escribiente es mi amigo;
el pobre Isidoro toma
mis negocios tan á pechos
como los suyos.

GASP. Me asombra
que en dia tan señalado
falte su hijo.

ISID. Esa es otra:
yo le he buscado y no pude
dar con él. He ido á la fonda
donde acostumbra á comer,
al Café Suizo, á la ópera,
porque vá siempre al ensayo,
y, tarea infructuosa,
no le he visto...

LUIS. Pues yo si.

JUAN., MAR., ISAB. ¿En dónde?

LUIS. (Esta si que es gorda.
¿Quién me habrá metido?)

GASP. Habla.
LUIS. En el teatro.
MAR. ¿Á qué hora?
LUIS. Á las doce.
ISAB. (Ap. á Luis.) ¿Tú tambien
vas á los ensayos?)
LUIS. (Id.) ¡Boba!
Si yo no hablo con ninguna...
ISAB. (Id.) Mientes con toda tu boca.
LUIS. (Se levanta.)
(Ya se enojó.)
GASP. (Reprendiéndole por haberse levantado.)
¿Dónde vas?
LUIS. (Volviéndose á sentar.)
¡Ah! distraido...
ISID. (No es broma;
este pollo cacarea
por Isabel ¡oh!)
GASP. (Á Maria.) Señora,
¿está usted triste?
JUAN. La ausencia
de Federico...
MAR. ¡Pues!
JUAN. Todas
las noches, amigo mio,
tenemos la misma historia.
Federico no hace caso,
y si le riño, se amoscan
la hermanita y la mamá;
asi todo se le logra;
para él las contemplaciones,
los mimos y las lisonjas;
y el señorito, muy dado
á gozar la *vita bona*,
ni se cuida de sus padres,
ni ya los pinceles toma.
ISID. ¡Y es lástima, porque tiene
un talentazo que asombra!
GASP. ¿Si?
ISID. Con los pinceles hace
todo cuanto se le antoja.
Un dia pintó jugando

ciertos caprichos de Goya,
una legion de diablillos
cabalgando por la atmósfera
sobre un caballo, vestido
con una levita corta.
Al demonio del caballo
puso cara de persona,
con las orejas muy largas;
y la cara, sin lisonja,
se me parecia tanto,
que al verme en aquella copia,
dije: «el caballo soy yo,
salvo lo animal.»

GASP. Pues dobla
mi sentimiento con eso:
la juventud se desborda
muy pronto, y cuando anhelamos
que entre en razon, ya no hay forma
de conseguirlo.

JUAN. Es verdad.
Yo le prometo...

ISAB. ¡Oh!

JUAN. Vosotras,
no volvais á interesaros
por él. Ea, punto en boca.

MAR. ¡Amigo mio!

JUAN. Maria,
no con súplicas te opongas
á mi justa indignacion.
¿Sufriré con calma heróica
que se pierda entre esos frívolos
placeres que absorben toda
su vida? Ya lo ves: hoy,
en que la familia goza,
celebrando en santa paz
tus dias, él abandona
la casa, y sin acordarse
de su madre, que le adora,
ni una palabra ha tenido
para calmar tu zozobra.

GASP. (Á Maria.) Un poquito de rigor
nunca fué malo, señora:

á los hijos hay que atarles
muy corto: el mio no toma
determinacion alguna
sin mi vénia, y si con loca
audacia lo hiciera...
LUIS. (Zape.)
GASP. Nos retiramos. (Levantándose. Todos le imitan.)
ISAB. ¿Ya?
GASP. (¡Hola!)
Cierto negocio...
JUAN. En tal caso...
GASP. Que no consiente demora...
(Dando la mano á Maria.)
Mil gracias, y años sin cuento
disfrute usted.
MAR. Gracias.
LUIS. (Bajo á Isabel.) Toma.
ISAB. (Id.) ¿Qué me das?
LUIS. (Id.) La mano.
ISAB. (Id.) ¡Vaya!
¡qué cosas tienes!
LUIS. (Estrechando con disimulo la mano que ella le tiende.)
¡Oh! ¡gloria!
ISID. (Que lo ha observado todo con malicia.)
¿Le duele á usted algun callo?
LUIS. ¿Á mí? no.
ISID. (¡Esa maniobra!...)
GASP. Don Juan, cuide usted de su hijo;
pero calme usted su cólera.
(Salen D. Gaspar y Luis.)

ESCENA II.

MARIA, ISABEL, D. JUAN, ISIDORO.

JUAN. Ya lo veis, por vuestra causa
mi conducta se reprocha...
ISAB. ¡Papá!
JUAN. No hay contemplaciones
que valgan...
MAR. Razon te sobra;
pero es nuestro hijo.

JUAN. Bien.
Retirémonos.
(Toma á María de la mano y sale con ella por la izquierda del actor: Isabel los sigue y se vuelve des de la puerta.)

ESCENA III.

ISIDORO, ISABEL.

ISAB. Ahora,
busque usté á mi hermano.
ISID. ¿Dónde?
ISAB. En todas partes.
ISID. ¿En todas?
¿Y si en ninguna le encuentro?
ISAB. Yo le suplico...
ISID. (¡Qué hermosa!
y decir que un pollo...) Voy.
Le buscaré: pues ya es obra.
ISAB. Dígale usted que papá
está de mal temple.
ISID. ¡Sopla!
Entonces no viene nunca.
ISAB. Corra usted.
ISID. Corro.
ISAB. ¡Qué posma!
ISID. ¿Y si no le encuentro? (Volviendo.)
ISAB. Aprisa.
ISID. Volando. Y si... (Volviendo.)
ISAB. ¡Uf!
(Entrando por la izquierda.)
ISID. Me atortola.
En cuanto me dice «aprisa»
salgo yo como la posta.
Vamos allá.

ESCENA IV.

ISIDORO, BRUNA, por el fondo.

BRUNA. Buenas noches.
ISID. ¡Oh, doncella singular!

BRUNA. ¿Por qué me lo dice usted?
ISID. Porque escasea el plural.
RRUNA. Que las tenga usted muy buenas.
ISID. Muchas gracias.
BRUNA. Con la mas
cabal salud...
ISID. Si, ya estoy...
(¡Qué retahila tan cabal!
Cortemos los cumplimientos.)
¿Bruna?
BRUNA. Señor.
ISID. Ven acá.
BRUNA. ¿Qué manda usted? Que lo haré
con la mejor voluntad...
ISID. Con que... ¿qué mando? Muchacha,
¿me prometes que lo harás?
BRUNA. Siendo cosa que yo pueda...
ISID. Tanto como puedes.
BRUNA. ¡Ya!
Todo es sigun y conforme;
pidiendo lo rigular...
y haciendo lo que Dios manda...
Porque, en fin... una... ¿á qué está?
Yo no nací para monja...
¿No es verdá usté?
ISID. Tú sabrás.
(¿Á qué vendrán tantos dengues?)
BRUNA. ¿Qué me quiere usté?
ISID. Es verdad.
Queria... mas tú no sabes...
á quién voy yo á preguntar...
BRUNA. Vamos: diga usté, señor.
ISID. Díme: por casualidad,
¿sabes de don Federico?
BRUNA. Si, señor.
ISID. ¡Bendita! (Quiere abrazarla.)
BRUNA. (Conteniéndole.) ¡Bah!
Á espacio.
ISID. Tienes razon:
fué una accion muy natural...
Con que, vamos: yo deseo
encontrarle sin tardar.

¿Dónde está don Federico?
BRUNA. Ayer estaba, cabal,
á estas horas en su cuarto.
ISID. ¡Que te lleve Barrabás!
Eso ya yo lo sabia.
Pero el caso, voto á tal,
es hallarle en este instante...
BRUNA. Ay, ya sé dónde estará...
en cas de la bailarina...
se lo escuché á don Julian,
uno de sus amigachos,
que le decia: «¿no vas?
»Pues si abandonas el campo
»te desbanca tu rival.»
ISID. Si, está loco por la sílfide.
Pues, señor, vamos allá.
BRUNA. ¿No se le ofrece otra cosa?
ISID. (¿Eh? ¿Qué dice? Es singular.
Yo creo que la doncella
me mira de un modo tan...)
(Acercándose y mirándola con atencion.)
BRUNA. ¡Vamos!
ISID. ¿Adónde, muchacha?
BRUNA. Ese modo de mirar...
ISID. (¿Qué verá en mis ojos esta?)
BRUNA. Es usted muy perillan...
ISID. ¿Si? Me alegro de saberlo.
Si soy un borrego.
BRUNA. ¡Quiá!
¡Y que no tiene usted conchas!
ISID. (Yo me voy á declarar.)
Oye, Bruna.
BRUNA. Ya le escucho.
ISID. (No es maleja.) Dime, ¿estás
libre de?...
BRUNA. (Con malicia.) ¡Pues!
ISID. Ya me entiendes...
BRUNA. De rilaciones...
ISID. ¡Ajá!
Esa es la palabra, Bruna.
BRUNA. ¡Libre como el rey!
ISID. (Yendo á abrazarla.) ¿Si? ¡Ah!

LUIS. (Apareciendo en el fondo.)
¿Le duele á usted algun callo?
ISID. ¡Cá! No, la espina dorsal.
(Este pollo me encocora.)

ESCENA V.

ISABEL, BRUNA, ISIDORO, LUIS.

ISAB. (Á Isidoro.) ¡Cómo! ¿Ha venido usted ya?
¿Ha visto usted á mi hermano?
ISID. Señorita, por san Blas,
he estado tomando informes.
BRUNA. Si no ha hecho mas que charlar
conmigo.
ISID. (Bajo á Bruna.) Calla, serpiente;
mira que...
BRUNA. Pues si es verdad.
ISAB. ¿Asi cumple usted mi encargo,
Isidoro?
ISID. ¡Qué! No hay tal.
(¡Cómo hallar una disculpa!)
¿No me mandó usted buscar
á Federico en cualquiera
parte?
ISAB. Si.
ISID. Soy puntual.
ISAB. ¿Cómo?
ISID. Le he buscado aqui
y no le he podido hallar.
LUIS. ¡Donosa ocurrencia!
ISAB. ¡Oh!
LUIS. No se descuida el curial.
ISID. Pero yo le traeré á casa,
porque ya sé dónde está.
Yo no pierdo nunca el tiempo.
ISAB. Corra usté.
LUIS. En dos pasos, ¡zaf!
ISID. ¿Zás? (Y él se queda con ella.)
Voy. (Paciencia y barajar.)
BRUNA. Con que quedamos... (Siguiéndole.)
ISID. (Desde la puerta.) En nada,

doncella de Satanás.
(Sale por el fondo derecha, y Bruna id. izquierda.)

ESCENA VI.

ISABEL, LUIS.

LUIS. Isabelita, venia...
porque te tengo que hablar,
y pretextando un negocio
dejé solo á mi papá.
Con que ¿quieres escucharme?
ISAB. ¿Te vienes á disculpar
porque tambien galanteas
como mi hermano...
LUIS. ¡Jamás!
ISAB. Á las bailarinas?
LUIS. ¿Yo?
Asi Dios me libre.
ISAB. ¡Ya!
¡Qué pérfidos son los hombres!
LUIS. No digas eso, ó harás
que muerto caiga á tus pies,
ó que me tire al canal.
ISAB. ¡Jesus! Luis, no hagas tal cosa.
LUIS. Pues trátame con piedad
y escucha lo que te digo.
ISAB. Habla.
LUIS. Me quiero casar
contigo, y si tú me quieres,
me echo á los pies de papá,
me otorga su bendicion,
te pido sin mas ni mas,
y dentro de cuatro dias
vamos los dos al altar.
¿Te parece bien pensado?
ISAB. ¡Oh! no me parece mal.
LUIS. ¿Quién ha de oponerse?
ISAB. Es claro.
LUIS. Dí: ¿me amas?
ISAB. Quita allá,
que tienes unas preguntas...

LUIS. Dáme tu mano á besar.
ISAB. Que me ruborizo...
LUIS. Anda...
ISAB. No quiero...
LUIS. Sí. (Besándola la mano.)
ISAB. No. ¡Qué afan!

ESCENA VII.

ISABEL, ISIDORO, FEDERICO, LUIS.

ISID. (Dentro.)
Yo examinaré el terreno.
ISAB. ¿Quién llega?
ISID. (Entrando.) ¡Chito! aqui está:
entre usted, don Federico.
(Á Isabel.)
Me lo encontré en el portal,
que subia.
ISAB. (Abrazando á Federico.)
¡Hermano mio!
FED. ¡Isabel!
ISAB. Pálido estás...
¿Qué tienes?...
FED. Nada; me importa
que nada sepa papá
de mi venida.
ISAB. ¿Por qué?
FED. ¿Por qué? Luego lo sabrás.
Déjame solo con Luis.
Tenemos los dos que hablar.
ISAB. ¡Ingrato! ya te fastidia
nuestra compañia.
FED. ¡Bah!
ISAB. Pero ya que estás en casa,
nada te debo ocultar.
Padres estan enojados
contigo.
FED. Lo sé.
ISAB. ¿Y harás
por desenojarlos?
FED. Sí.

¿Puedes acaso dudar?...

ISAB. No, te creo, y hasta luego,
Federico.

(Váse por la puerta izquierda.)

FED. Véte en paz.

ISID. (Para mí ni una mirada...
Mejor: me voy á copiar
expedientes: con la pluma
olvidaré su crueldad.)

(Váse por la puerta del fondo, izquierda.)

ESCENA VIII.

FEDERICO, LUIS.

FED. Luis, estoy desesperado...
¡Oh, todo me sale mal!
Parece que mis acciones
guia la fatalidad.

LUIS. ¿Pues qué te pasa?

FED. Corina...

LUIS. Si, la del Teatro Real,
la bailarina francesa...
¿No te corresponde?

FED. ¡Ah!
Yo solo sé que la adoro,
que me trata sin piedad,
que estoy loco, que estoy ciego,
que no la puedo olvidar,
y que, ó me caso con ella,
ó si no...

LUIS. ¡Qué atrocidad!
Casarte con ella... ¿y cómo?
¿Tu padre consentirá?

FED. No.

LUIS. Pues entonces...

FED. No sé;
pero pónte en mi lugar.
En obsequios, Luis amigo,
llevo gastado un caudal,
sin que su pecho de mármol
consiga nunca ablandar.

Tengo acreedores sin cuento,
que siempre tras de mí van,
y aunque esto hasta lo presente
pude á mi padre ocultar,
el dia menos pensado
lo descubre Satanás,
y entonces Dios solo sabe,
Luis, lo que sucederá.
Yo no sé cómo á Corina
de boda la llegué á hablar,
que la palabra empeñada
siempre recordando está.
Su hermosura me fascina,
y crece doble mi afan
con los necios rendimientos
del vizconde mi rival.
Yo necesito su amor,
yo no la puedo olvidar,
y aunque se oponga el infierno
no pienso volverme atrás.
De una manera ó de otra
mia Corina será.
Acaso, Luis, mi conducta
te parezca criminal;
pero ¿qué quieres, si el alma
tras ella ¡oh Dios! se me vá,
y cuanto mas la contemplo
la quiero cada vez mas?

LUIS. ¡Diantre! La cosa es mas séria
de lo que llegué á pensar.
Pero casarte con ella,
no lo imagines jamás:
ni conviene á tu decoro,
ni lo consiente don Juan.

FED. Bien se couoce que ignoras
lo que es de veras amar.

LUIS. No creas que eso es tan cierto...
tengo formado mi plan,
y no vá descaminado...
creo que lo aprobarás.
Pero ahora hablemos de tí.
Si yo te puedo ayudar...

en algo...

FED. Cuento contigo.
Anoche—noche fatal—
jugué y perdí.

LUIS. (Sacando un bolsillo que dá á Federico.)
Mi bolsillo...

FED. No sé si debo aceptar.

LUIS. ¿No he aceptado yo otras veces
de tí?... ¡Toma, voto á san!...
¿No hemos sido siempre amigos?

FED. Gracias.

LUIS. No hay gracias. ¿Te vas?

FED. Voy á mudarme de ropa.

LUIS. Sin duda Corina está
esperándote?

FED. Esta noche
la tengo que acompañar,
puesto que ella no trabaja,
á un palco que tomé ya.
Me espera á las nueve en punto,
y no es posible faltar.

LUIS. ¿Á las nueve? Pues en casa
te esperan con ansiedad.
Son los dias de tu madre:
¡si vieras qué triste está!

FED. Lo sé, lo sé; mas no puedo
por esta noche faltar:
ese maldito vizconde
es tan pegajoso y tan...
No se separa un momento
de mi adorada beldad...
asi es que...

LUIS. ¿Tambien celoso?
Ya no te faltaba mas.
¿Pero quién se acerca?

FED. ¡Adios!
me voy corriendo á mudar. (Váse.)

LUIS. ¡Pobre Federico! En fin,
el amor...
(Vá á salir por el fondo, y se encuentra á D. Gaspar.)
¡Mi padre! ¡Ah!

ESCENA IX.

D. GASPAR, LUIS.

GASP. (No me engañé.) Sospechaba
que te encontraria aqui,
y como lo presumí
fué.
LUIS. Si... Ahora me marchaba
á buscar á usted; tenemos
que hablar los dos...
GASP. Ya adivino:
esto me acorta el camino;
con que al grano, y empecemos.
LUIS. Es el caso...
GASP. ¿Qué, te turbas?
LUIS. De tal monta es el asunto,
que por llegar presto al punto,
no hago mas que trazar curvas.
GASP. Pues por lo que á mí respecta,
como ya te he aconsejado,
deja las curvas á un lado,
y toma la línea recta.
LUIS. (Siempre su cara de juez
me impone de tal manera...)
GASP. Explícate.
LUIS. Bien quisiera...
pero...
GASP. Yo lo haré á tu vez...
Amas á Isabel...
LUIS. Señor...
GASP. Silencio... estoy en el uso
de la palabra...
LUIS. No acuso
su derecho.
GASP. ¿No? Mejor.
La adoras con tal virtud
que en gozo tu pecho inflama,
como solo una vez se ama,
una, y en la juventud.
Pues bien, ámala, hijo mio,

yo te lo permito.
LUIS. ¿Si?
Necio de mí, que creí...
GASP. ¿Qué creiste?
LUIS. ¡Desvario!
No sé qué presentimiento
dentro de mi corazon,
me hablaba de oposicion
por parte de usted.
GASP. Lo siento.
¿Yo oponerme? Y has podido...
Ámala hasta el fin del mundo.
Mas un amor tan profundo
debe ser correspondido.
LUIS. Debo creer tal favor,
á no ser que yo esté loco,
pues me permitió hace poco
que hablára á usted de este amor.
GASP. ¿Hablarme á mí? ¿Y para qué?
El lance es particular...
LUIS. ¿Usted lo puede dudar?
GASP. No me lo imagino á fé.
LUIS. Si honesto, cuanto tirano,
amor es hoy mi verdugo,
al someterme á su yugo
quiero de Isabel la mano.
GASP. Niño, niño, ¿esas tenemos?
¿Con que has pensado en casarte?
Deja niñadas aparte,
que asi no nos entendemos.
LUIS. ¿Pues no me decia usté?..
GASP. Que la amáras en buen hora;
¿pero casarte, y ahora,
cuando otros proyectos...
LUIS. ¿Qué?
—Padre, en el alma me duele
lo que escuchándole estoy;
por la primera vez hoy
no me habla usted como suele.
¿Por qué si su prevision
adivinó mi locura,
no se opuso á la ternura

de esta inocente pasion?
No se alimenta un cariño
que al pecho quita la calma
sin robarnos con el alma
las ilusiones de niño.

GASP. Si ella te quiere, no infiero
lo amargo de tu dolor.

LUIS. Padre, yo anhelo su amor;
pero robarlo no quiero.

GASP. Y ¿quién te dice?.. (El mancebo
tiene ya formado el plan.)
Calma tu amoroso afan.
¿Temes que yo?..

LUIS. No me atrevo
á dar crédito á una ruin
sospecha que en vano esquivo...

GASP. ¿Acaso yo te prohibo?...

LUIS. ¡Cómo! ¿Cede usted al fin?

GASP. No. Todo á saberlo vas:
aunque me llames cruel,
en tu union con Isabel
no consentiré jamás.

LUIS. ¡Ah!

GASP. Y sobre esta prohibicion
á nadie tu pecho se abra.
¡Ni un gesto, ni una palabra!...
Esta es mi resolucion.
—Por lo demas, en tu abono,
aun los caprichos mayores
tolero con mil amores:
hago mas, te los perdono.

LUIS. ¿Mas qué causa puede haber?

GASP. Saberla en vano pretendes:
yo soy tu padre, ¿lo entiendes?
y te toca obedecer.

LUIS. ¡Aunque de dolor me muera,
seré buen hijo!

GASP. Tu afan
calma. Se acerca don Juan.
Véte, y espérame fuera.

ESCENA X.

D. GASPAR.

Él viene: astucia y buen tino.
Harto dichoso vivió;
sufra tambien como yo
la decepcion del destino.
De la vida los abrojos
pise, de todo dudando,
sangre sus plantas brotando,
llamas vertiendo sus ojos.
Él me robó la ventura
con el amor de Maria;
venganza entonces queria;
voy á tenerla segura.
Maria, tú mi esperanza
mataste sin compasion:
aun me resta una pasion,
una y grande, la venganza.
Alma de temple tan fiero
que súplicas no ablandaron;
por los años que pasaron,
un dia de dicha quiero.

ESCENA XI.

D. JUAN, D. GASPAR.

JUAN. ¡Qué inquietud! Á todas partes
me persigue y me acompaña
agudo pesar que roba
á mi corazon la calma.
GASP. ¡Don Juan!
JUAN. ¿Es usted? ¡No habia
notado!
GASP. Mas ¿qué le pasa
á usted, que está tan inquieto?
JUAN. Aprehension tal vez.
GASP. Bobada.
¿Pues no estoy viendo en su rostro

de su afan señales claras?

Juan. Pues bien, es verdad: no puedo
sosegarme... no... me faltan
la dicha de mi familia,
el reposo de mi casa.

Gasp. Comprendo. Cuando los padres,
como usted hace, se ablandan,
se convierten en juguete
de los hijos. Á Dios gracias,
yo no puedo lamentar
ni la mas ligera falta
en el mio, aunque imposibles
de su cariño mandara.

Juan. Lo que el amor no consigue,
por la fuerza no se alcanza.

Gasp. Don Juan, aunque agradecido
dentro el pájaro la jaula,
como se le abra la puerta,
contento y feliz se escapa.

Juan. ¿Pero no tienen los hijos,
no tienen, tal vez, entrañas?

Gasp. Con muy pocas excepciones,
que en todas las reglas se hallan,
el padre es siempre un tirano
á quien sin piedad se engaña.
Placeres que de él se ocultan,
son los que mas nos halagan;
y si él á su autoridad
paterna en auxilio llama,
entonces el hijo imberbe,
con petulante arrogancia,
á los derechos del hombre
recurre y libre se aclama.
El amor es débil nudo
que á hijos y padres enlaza,
cuando otro amor mas temible,
mas grande llena sus almas...
Asi, pues, yo no he encontrado
medio que me satisfaga
para hacer que mi hijo siempre
por camino recto vaya,
que el rigor.

JUAN. Es imposible.
¿Qué eso diga usted? Me extraña.
GASP. Pues me remito á la prueba.
La menor de mis palabras,
como artículo de fé
mi querido Luis acata.
JUAN. Dia vendrá...
GASP. No, ya vino
ese dia por desgracia.
JUAN. ¿El amor?
GASP. Justo, el amor
le trajo húmilde á mis plantas.
—«No te casarás con ella,»
le dije, y bañado en lágrimas
y dispuesto á obedecerme,
tranquilo, don Juan, se halla.
JUAN. ¡Quién sabe si su obediencia
no es la astucia con que aguarda
la ocasion de emanciparse!
Usted lo dijo: la jaula
es siempre jaula, y el ave,
si halla por donde, se escapa.
GASP. Pues justamente mi plan
tiene la doble ventaja
de no dejarle la puerta
ni tan siquiera entornada.
Pero usted...
JUAN. Yo, amigo mio,
los amo tanto... me encantan...
por ellos vivo, por ellos
ni la vigilia me cansa,
ni el trabajo me fatiga,
ni abandona la esperanza.
Dia y noche en mi bufete
horas sin fin se me pasan,
y si el cansancio se quiere
apoderar de mi alma,
—«¡mis hijos!»—digo, y parece
que en mis venas se derrama
el elixir de la vida
á esa mágica palabra.
Mi posicion en el mundo

y mi fortuna no escasa,
¿á quién se las debo? ¡Á ellos,
los hijos de mis entrañas!

GASP. ¿Y los disgustos, las penas,
los suspiros que se lanzan
en las sombras?

JUAN. Todo eso
lo compensa una mirada.

GASP. ¿Y si los ojos se cierran
cuando á los nuestros se encaran?

JUAN. Entonces... se llora... si;
el alma mejor templada,
el carácter mas adusto,
vierte sin duda una lágrima
por el hijo ingrato... El cielo
deberá recompensarla:
solo Dios, que nos escucha,
comprende nuestra desgracia;
—las lágrimas de los padres
en secreto se derraman.

GASP. Pues una vez que le encuentro
con entereza sobrada,
voy á revelarlo todo.
Sepa usted que esta mañana,
para evitarle un escándalo,
y por sacar de las garras
de un usurero á su hijo
y sin que él lo sospechara,
pagué estas deudas. Á un padre
no le debo ocultar nada.
(Presentándole unas letras.)

JUAN. Gracias, don Gaspar. ¡Ingrato,
asi mi cariño paga!

GASP. El juego y ciertos amores...

JUAN. ¡Oh!

GASP. No hay que alterarse, calma.
Aun es tiempo de poner
remedio. De todo es causa
la bailarina...

JUAN. Lo sé.
Estas letras...

GASP. No hace falta

que usted...

JUAN. Si, mañana mismo
le serán á usted pagadas.
En cuanto á mi hijo...

GASP. (Bueno,
ya comienza mi venganza.)

JUAN. Si el rigor es necesario,
yo domeñaré su brava
condicion.

GASP. Pues ojo alerta,
que el pájaro está en la jaula.

JUAN. ¡Cómo!

GASP. En su cuarto, dispuesto
para marcharse.

JUAN. ¡Qué audacia!
Sin dar un beso á su madre...
—¡No nos ama, no nos ama!

GASP. ¡Ah! cuánto de veras siento...

JUAN. Bien, don Gaspar, muchas gracias;
pero quisiera estar solo...

GASP. Lo comprendo. Hasta mañana.

ESCENA XII.

D. JUAN, asomándose á la puerta de la derecha.

Allí está. En su faz serena
dolor ni inquietud se advierte;
¡y mientras él se divierte
á mí me mata la pena!
—Perdona mis arrebatos,
perdónalos tú, Señor,
si á fuerza de tanto amor
hacemos seres ingratos.
Hoy quizás arrepentido
de un amor que fué mi gloria,
quedan solo en mi memoria
recuerdos de un bien perdido...
¿Por qué sin fé ni conciencia
el hombre devuelve, á quien
tanto le ama, mal por bien?
¿En dónde estás, Providencia?

—¿Pero qué digo?... me espanto
de mis palabras... deseo
verle no mas... ¡ya le veo!...
¡él es!... ¡y le quiero tanto!
—Lejos, sospechas extrañas
que en mi pecho alimenté;
¿yo á desconfiar llegué
del hijo de mis entrañas?
¡Duda, estás desvanecida...
él es!... mi dicha restaura...
¡el amor de un hijo es aura
que embalsama nuestra vida!

ESCENA XIII.

FEDERICO, D. JUAN.

FED. Es tarde y corro impaciente...
(Viendo á D. Juan.)
¡Ah! Mi padre.
JUAN. ¿Te dá enojos
el verme? ¿Por qué los ojos
bajas al suelo?
FED. (Queriendo marcharse.)
Yo...
JUAN. (Deteniéndole.) ¡Tente!
FED. ¡Oh!
JUAN. ¿Dónde vas?
FED. Un asunto...
Me esperan...
JUAN. ¿Corina?
FED. ¿Qué?
¿Sabe usted?
JUAN. Todo lo sé.
Ella sin duda es conjunto
de perfecciones... ¿te ama?
debo presumirlo asi,
pues que te olvidas de mí
por esa artista... de fama.
FED. ¡Padre!
JUAN. Federico, ven.
Quizá por la vez primera

contemplas mi faz severa...
motivos tengo tambien.

FED. (¡Oh contratiempo fatal!
y ella que me está esperando...)

JUAN. ¿No ves que te estoy hablando?
¿ni aun te disculpas?

FED. Si tal...
(No sé qué decirle.)

JUAN. Dí:
porque á tus caprichos cuadre,
¿te has de olvidar de tu madre,
que no piensa mas que en tí?

FED. Padre, conozco mi error,
sé bien que á todo he faltado;
¡pero soy tan desgraciado!...

JUAN. ¿Desgraciado?

FED. Si, señor:
horas de amargura llenas
cuento ya todos los dias...

JUAN. Si tus penas son las mias,
¿por qué me ocultas tus penas?
¿Acaso hubo en mí mudanza?
¿Soy yo tirano contigo?...
¿No soy tu mejor amigo?
¿Ó perdí tu confianza?

FED. ¡Padre mio!

JUAN. Vamos, calma:
cuéntamelo todo, todo;
verás como hallamos modo
de tranquilizar tu alma.

FED. Pues bien, padre, yo la adoro,
no sé si amante ó ingrata...

JUAN. ¿No sabes?

FED. ¡Sé que me mata,
sé que la amo, y sufro, y lloro!

JUAN. ¡Infeliz! ¿Y á mujer tal?...
Capricho que dura un dia.
Vuelve en tí.

FED. ¡Vana porfia!
Me vence este amor fatal.
Ella es mi único deseo,
es luz que siguiendo voy,

está siempre donde estoy,
donde miro, allí la veo.
Siempre en mi memoria fija
la oigo en sueños que me nombra,
y hasta la veo en la sombra
que al despertar me cobija.

JUAN. Aun cuando la autoridad
de padre mandar me ordena,
quiero que aplaque tu pena
mi solícita amistad.
Cuando, al nacer, en mis brazos
regocijado te ví,
gracias al cielo rendí,
porque estrechaba los lazos
de la familia: no tuve
desde aquel dia otro anhelo,
y de mi ventura el cielo
no empañó una sola nube.
Creciste tú; con la edad,
mis alegrias crecieron;
siempre mis deseos fueron
hacer tu felicidad.
Y en veinte años que ví
pasar feliz y contento,
no tuve ni un pensamiento
que no fuera para tí.
Ni un minuto, te lo fio,
te olvidó mi corazon;
era mi sola ambicion
verte dichoso, hijo mio.
¿Y ahora que el fruto anhelante
iba á coger mi ternura
encuentro tanta ventura
perdida en solo un instante?
¡Y un amor extraño, al vicio
te arrastra mal que te cuadre!
¡Y en tanto, el amor de padre
no merece un sacrificio!

FED. ¡Padre mio! (Abrazándole.)

JUAN. No fué vana
mi súplica, ¿á qué esperar?
ea, vamos á abrazar

á tu madre y á tu hermana.
(Dá horas un reloj de sobremesa.)

FED. Esa hora... justamente...
no me puedo detener...
(Dirigiéndose al fondo.)

JUAN. Ingrato, ¿qué vas á hacer?

FED. Vuelvo al instante. (Queriendo salir.)

JUAN. ¡Detente!
¿Acaso asi se concilia
tu hipócrita sumision?
¿Qué son para tí, qué son
reposo, honor y familia?
Mas no saldrás: si rogando
te estuve, porque te asombre,
de mi autoridad en nombre,
quédate; yo te lo mando.

FED. ¡Oh, no puedo!

JUAN. Bien; la puerta
te cierro: busca salida.
(Cierra la del fondo.)

FED. ¡Padre! (¿Qué haré por mi vida?
¡La del jardin está abierta!)

JUAN. Tú lo quieres, estaré
alerta continuamente
para enjaularte, serpiente
que en mi seno alimenté.
Cuanto tuve, cuanto valgo
te dió mi fé acrisolada...

FED. Yo no le pedí á usted nada,
ni aun el ser, si el ser es algo.

JUAN. ¡Blasfemo! Dudas de Dios,
que es á quien el ser debemos?

FED. Solo sé que no podemos
entendernos ya los dos;
que ya bastante sufrí
esa pasion egoista
que nunca pierde de vista
lo mucho que hizo por mí;
que invoca su autoridad
para aumentar mis temores...
Recobre usted sus favores,
déjeme la libertad.

JUAN. Señor, Señor, yo te invoco,
demandándote el valor
que me falta!—Tú... ¡qué horror!
¡Mi hijo está loco, loco!
—Pero escucha, desgraciado,
no pienses hallar abierta
de este aposento la puerta...
¡No saldrás!

FED. ¿No? Ya he encontrado
otra puerta.

JUAN. ¿Insistes?

FED. ¡Bah!

JUAN. Pues escucha. Si te alejas,
cerrada al partir la dejas,
cerrada siempre estará.
¿Lo oyes?

FED. No pienso volver
en busca de un ruin socorro;
mejor, la vuelta me ahorro...

JUAN. Tente.

FED. Ya no puede ser.
Vanas las súplicas son.

JUAN. ¡Oye!

FED. ¡No quiere la suerte!
(Saliendo por el balcon que cae al jardin.)

JUAN. ¡Ya que me dejas la muerte,
llévate mi maldicion!

ESCENA XIV.

D. JUAN, DOÑA MARIA, ISABEL.

JUAN. (Cayendo sobre un sillon.)
¡Ah, se fué! ¡Se fué!

MAR. ¡Qué anhelo!

ISAB. ¡Qué ruido, qué algarabia!...
¿Papá, estás malo?

JUAN. ¡Hija mia,
aun me queda este consuelo!

ISAB. Y el de mi hermano.

JUAN. No es cierto.

ISAB. ¿Por qué?

MAR. ¡Habla!
JUAN. ¡No!
MAR. ¡Lo exijo!
¿dónde, dónde está mi hijo?
JUAN. ¡Para nosotros ha muerto!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, ISABEL, bordando, BRUNA.

MAR. ¿Qué haces, muchacha? (Á Bruna.)
BRUNA. (Que estará mirando por el balcon que dá al jardin.)
¿Yo? Nada:
miraba al jardin. (No hay duda,
es el señorito Luis,
que espera la hora oportuna
de hablar á la señorita;
mas no le digo que suba.)
MAR. Retírate del balcon.
BRUNA. ¿Me manda usted algo? (Acercándose.)
MAR. Escucha:
¿planchaste aquellas camisas?
BRUNA. ¿Las nuevas? Ya estan.
MAR. Bien, Bruna.
Me tienes hoy muy contenta.
BRUNA. ¡Bah, señora, usted me adula!
MAR. Eres muy buena muchacha.
BRUNA. ¿De verdad?
MAR. ¡Oh, sin disputa!
BRUNA. Pues no es todo sin *su aquel*,

que yo conoaco la *abuja*
de marear.

MAR. ¿Cómo?

BRUNA. ¡Vaya!
¡Á que acierto!....

MAR. ¿El qué?...

BRUNA. ¡Me gusta!
Para quien son las camisas.

MAR. ¿Tú lo sabes?

BRUNA. Cuando una
piensa... para el señorito
Federico.

MAR. ¡Criatura!
calla por Dios; que mi esposo
no llegue á saberlo nunca.

BRUNA. Ya estoy: ¿me mamo yo el dedo?
¡Pobre don Juan! Yo su angustia
presencié...

MAR. ¡Oh!

BRUNA. Pero tiene
un carácter que me asusta...
¡y es tan terco!...

MAR. ¡Basta!

BRUNA. Bien.

MAR. Nadie tu opinion pregunta.
Lo que hace tu amo está
siempre bien hecho.

BRUNA. ¿Quién juzga!...

MAR. Por si acaso. No son buenas
las criadas que murmuran
de sus amos.

BRUNA. Ya lo sé.

MAR. Anda, y cuando esten enjutas
las camisas, dáme aviso.

BRUNA. Voy, señora.

ESCENA II.

MARIA, ISABEL.

MAR. Soy injusta
con ella; es tan servicial!

pero la pobre es tan ruda,
que sin intención tal vez
me incomoda.

ISAB. ¡Pobre Bruna!

MAR. Ea, basta de tarea,
hija, no te cansas nunca
de trabajar.

ISAB. Es preciso;
el ejemplo me estimula
de papá, que no descansa
ni un momento.

MAR. Si, le abruman
mil negocios. ¡Qué distinta
era antes nuestra ventura!
Pero ahora todo nos sale
mal.

ISAB. Es cierto.

MAR. La fortuna
vuelve á esta casa la espalda.
Los clientes se disculpan,
y los mas pingües trabajos
retiran...

ISAB. Valor: si anuncia
todo esto nuestra desgracia,
sufriéndola siempre juntas,
Dios, qué á los buenos no olvida,
nos dará fuerzas.

MAR. La lucha
es muy cruel, hija mia...
Tu padre, que nos oculta
su estado, sufre y padece,
y su salud se derrumba
por instantes.

ISAB. ¡Pobre padre!
mucho es preciso que sufra
desde aquella noche.

MAR. Aquella
fué de mi dicha la última.

ISAB. Hablemos de él. ¿Vas á verle
luego?

MAR. ¿Me envidias?

ISAB. ¡Oh! juzga

de mi cariño y verás...
MAR. Si fueron sus faltas muchas,
harto las expia.
ISAB. ¡Cuánto
habrá sufrido!
MAR. Sin duda.
Cuando se marchó de casa
soñaba con mil venturas,
tal vez con vanos placeres
que los sentidos ofuscan.
Al verle ya sin recursos
y sin medios de fortuna
para gastar y triunfar,
de sus amigos la turba
de pronto le abandonó.
Y buscando una disculpa
á su proceder, decian:
—«Es un mal hijo, que abruma
en el desprecio á sus padres
y los sume en la amargura.»
«¡Es un mal hijo!»—y huian
de su amistad. La que culpa
de sus extravios fué,
viéndole ya sin ninguna
proteccion, marchóse á Francia,
doblando tambien su angustia;
y solo entónces tu hermano
reconoció sus locuras.
Desesperado y herido
en su orgullo, sin mi ayuda
quizás fuera ya á estas horas
eterna su desventura.
ISAB. Tú, que has sido su ángel bueno,
harás que al cabo se cumplan
mis votos, y vuelva á casa.
MAR. Eso le digo: mas duda
y añade: «cerró mi padre
la puerta, y fué con muy justa
causa; cuando llegue el dia,
á ella llamaré.»
ISAB. Confusa
me deja.

MAR. Tambien á mí.
—Tu padre. ¡Chis! disimula.

ESCENA III.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. (Con fingida alegria.)
Tres vistas de causa, tres,
y en una mañana. Vamos,
no direis que pierdo el tiempo.
¿No es verdad, Isabel?
ISAB. ¡Tanto
trabajar!
JUAN. ¿Á que me riñes?
ISAB. Mucho que sí.
JUAN. ¿Estás bordando?
Qué bonito es esto. ¡Sopla!
¡Niña, tienes unas manos
que ya!
ISAB. ¿De veras?
JUAN. Lo digo...
ISAB. Ea, siéntate á mi lado,
que te voy á examinar.
JUAN. Buena maestra.
ISAB. Me alabo
de conocer al discípulo.
JUAN. Habla.
ISAB. ¿Cuánto has trabajado
anoche?
JUAN. Tres horas.
ISAB. ¿Tres?
¿y la vista?
JUAN. Progresando.
Te veo á tí.
ISAB. ¡Ya! los ojos,
señor mio, siguen malos;
ó me trabaja usted menos,
ó le doy un palmetazo.
¿No le he dicho á usted mil veces
que necesita descanso?
¿Ó se quiere usted quedar

sin vista?

JUAN. Bueno me hallo.

ISAB. Si, mucho llamar al médico,
y luego de él nos burlamos.
¿No se ha visto usted ya próximo
á quedarse ciego? Tanto
revolver pleitos y causas,
nos dará este resultado.

JUAN. Maria, ¿qué te parece
el sermon?

MAR. Que es muy del caso.

JUAN. Bueno, se obedecerá.

MAR. Harás bien.

ISAB. Y yo lo mando.

ESCENA IV.

DICHOS, BRUNA.

BRUNA. (Ap. á Maria.)
Señora, ya estan dispuestas
las camisas.

JUAN. ¿Qué recado?...

MAR. Nada, son asuntos mios,
tengo que hacer un encargo...
voy á aviarme.
(Se vá por la segunda puerta izquierda.)

JUAN. Corriente.
¿Y tú, Isabel?

ISAB. Yo no salgo.

ESCENA V.

D. JUAN, ISABEL, BRUNA, ISIDORO.

ISID. (Con varios expedientes debajo del brazo.)
Aqui estan los expedientes.

BRUNA. Felices... mande usted...

ISID. Mando...

BRUNA. ¿Qué?

ISID. Que me dejes en paz.

BRUNA. ¿Nada mas?

ISID. ¡Voto á mil diablos!
¿qué mas querrá?
BRUNA. Si usted tiene,
vamos, que decirme algo...
ISID. No. (Sin duda esta muchacha
le busca tres pies al gato.)
Don Juan, ¿llevo estos papeles
allá dentro?
JUAN. Á mi despacho.
Si.
ISID. Me dijo don Remigio,
ya sabe usté, el escribano
de la causa, que vendria
dentro de poco á buscarlos. (Váse.)
JUAN. Ya lo ves, por mas que quiera
y busque, remedio no hallo
para dejar por ahora,
hija querida, el trabajo.
ISAB. ¿Pero no eres tú primero?
¿Y la salud?
JUAN. Temor vano.
Estoy robusto y me encuentro
tan bien...
ISAB. Eso no lo paso,
por mas que ocultar intentas...
JUAN. No hablemos de lo pasado.
(Se levanta.)
ISAB. Tú quieres negar que sufres;
yo lo sé, y es por mi hermano.
JUAN. ¿Tu hermano? Basta; él es solo
la causa de males tantos.
ISAB. ¿Por qué?
JUAN. Las mejores casas
su influjo me han retirado;
por todas partes se ha dicho
que soy un padre inhumano;
huyen de mí los clientes,
hasta mi encuentro evitando;
y mas de una vez he oido
que decian por lo bajo:
—Á un mal padre de familia,
¿quién se confia?— No extraño

este proceder...

ISAB. Injusto.

JUAN. No dudes, hija, que hay algo
de providencial en todo
lo que nos está pasando.

ISAB. Padre, ese presentimiento
me llena de sobresalto.

ISID. Todo está allí. (Saliendo.)

JUAN. Voy al punto.
Hija, hasta luego. (Se vá.)

BRUNA. (En el balcon del jardin.) (¿Le llamo?
Ya está sola y puede hablarla.)
(Hace una seña con la mano.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos D. JUAN.

ISID. (Ap. observando á Isabel.)
(Pues señor, yo me declaro.
Hace un año que en el pecho
tengo metido este dardo.)
¡Ay! (Suspirando.)

ISAB. ¿Qué es eso?

ISID. ¿Qué?

ISAB. Isidoro,
¿tambien se pone usted malo?

ISID. ¡Ay, y tan malo!

ISAB. ¿Por qué?

ISID. ¿Por qué? (Esto es demasiado.)

ISAB. ¿Trabaja usted mucho?

ISID. No.
(Cuidado si es linda.)

ISAB. Vamos,
¿no me dice usted?...

ISID. Si tal...
se lo diré.

ISAB. Pues ya aguardo.

ISID. Porque estoy tan, tan, tan...

ISAB. ¡Ran!
¿Toca usted el tambor?

ISID. ¡Diablo!
BRUNA. Aqui está. (Desde el fondo.)
ISID. ¿Quién?
LUIS. (Entrando.) ¡Isabel!

ESCENA VII.

DICHOS, LUIS.

ISID. (El pollo. Estoy derrotado.)
¡Mal haya!
BRUNA. (Acercándose á Isidoro.)
¿Qué quiere usted?
ISID. He dicho ¡mal haya! ¿Estamos?
BRUNA. Creí...
ISID. Creiste muy mal.
(Pues tengo tambien trabajo
con la doncella... de casa.)
LUIS. ¡Isabel mia!
ISAB. No tanto.
ISID. (Esta es otra.)
BRUNA. (Acercándosele.) ¿Eso es conmigo?
ISID. (Á que le doy un sopapo.)
BRUNA. (Está deseando hablar
y no se atreve... ¡Qué raro!)
(Sale por el foro izquierda.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos BRUNA.

LUIS. Deseaba la ocasion
de hablarte á solas.
ISID. Si acaso
estorbo...
LUIS. Puede usté oir
lo que de decirla trato.
ISID. (Bueno será ello.)
LUIS. (Á Isabel.) Quise
ocultarte los obstáculos
que á nuestra union se oponian.
ISAB. ¿Obstáculos?

LUIS. Que con harto
pesar te calló mi lengua.
ISAB. No te entiendo.
ISID. (Ni hace al caso.)
LUIS. Á nuestra boda se opone
mi padre.
ISAB. ¿Tu padre?
ISID. (¡Bravo!)
LUIS. Sin comprender los motivos,
pero ciego á sus mandatos,
hasta hoy pude resignarme,
contra mi gusto, á callártelo.
Mas el amor que te tengo
es mas poderoso...
ISID. (Malo.)
LUIS. Que la voluntad de un padre,
que mi desdicha ha fraguado.
ISAB. Luis.
LUIS. Sé que vas á decirme
que le obedezca. Es en vano.
ISAB. ¿Y te imaginas que yo
cederé á tus ruegos?
ISID. (Claro.)
LUIS. Si tú, Isabel, me abandonas,
en este horrible naufragio,
para salvar la existencia,
¿quién me tenderá la mano?
ISAB. ¿Sabes á lo que te expone
tu inexperiencia, insensato?
¿No te acuerdas, por ventura,
de la historia de mi hermano?
Un hijo no debe nunca
oponerse á los mandatos
de su padre.
LUIS. ¿Y si es injusto?
ISAB. Dios de su conducta es árbitro.
LUIS. Ese lenguaje... Isabel,
si no me amaras...
ISAB. Te amo:
pero á mis deberes nunca
faltaré.
LUIS. ¿Cómo?

ISAB. Si obstáculos
pone tu padre á esta boda,
no me toca censurarlos.
Si él por tu esposa me niega,
sufro su desden y callo.
LUIS. Yo no, y estoy decidido
á llevar mi plan á cabo:
aunque mi padre se oponga,
he de conseguir tu mano.
ISAB. ¡Jamás!
LUIS. Porque no me amas.
ISAB. Di mas bien que te idolatro.
LUIS. ¡Isabel mia!
ISID. (Me voy,
que esto se vá complicando.)
LUIS. ¡Oh, me quieres volver loco!
ISAB. Imítame, y resignado
aprenderás lo que nunca
se olvida en el mundo en vano.
Ya lo ves... yo no me quejo...
¡Oh, muy tranquilo me hallo!...
casi alegre... y en mis ojos
no se vé lo que aqui guardo...
(Señalando el corazon.)
Unirse aquel á quien se ama
será el sumo bien acaso;
¿pero no nos ama un padre
tanto ó mas que no un extraño?
Olvídame, si es que puedes...
no importa, yo haré otro tanto ..
y asi... ¡quién sabe!... los dias
pasan muy pronto... y... (el llanto
no me deja proseguir.)
¿Ves qué serena te hablo?
Haz tú tambien como yo...
¡Y... adios... por siempre!... ¡te amo!
(Váse, puerta segunda izquierda.)

ESCENA IX.

LUIS, ISIDORO.

ISID. ¿Pues no lloro yo tambien
como un mandria?
LUIS. Y yo, ¿qué hago?
ISID. Llore usted, hombre, y seremos
tres asi. ¡Bonito cuadro!
LUIS. ¿Se burla usted?
ISID. Pues me gusta.
LUIS. Déme usté un consejo.
ISID. (Un palo
es lo que yo te daria.)
LUIS. Todos me han abandonado...
No tengo ni un solo amigo.
ISID. (Á que me ablanda el muchacho.)
LUIS. ¿Comprendió usted lo que dijo?
ISID. Si, lo dijo en castellano.
LUIS. ¿Y qué papel hago yo
en tal situacion?
ISID. No alcanzo...
ni yo toco pito alguno
en esta funcion...
LUIS. ¡Oh, infausto
destino!... Si, á usted le toca
ayudarme...
ISID. ¡Voto al chápiro!
Lo que estoy tocando aqui
es el violon.
GASP. (Dentro.) ¿En su cuarto?
Bien, esperaré.
LUIS. ¡Mi padre!
ISID. El mismo, si no me engaño...
LUIS. No quiero que ahora me vea...
ISID. ¿Y cómo, jóven incauto,
hará usted...
LUIS. Me ocultaré
en este balcon.
(Señalando al que dá al jardin.)
ISID. Lo aplaudo.

LUIS. No diga usted nada. (Se oculta.)
ISID. Bien.
Esto es hecho, yo me paso
al enemigo, á los pollos...
Soy cómplice de... ¡Canastos!
(Vá á salir por el foro, y tropieza con don Gaspar que entra.)
GASP. ¿Dónde tiene usted los ojos?
ISID. Hombre, en la cara. (Váse.)
GASP. (¡Qué bárbaro!)

ESCENA X.

D. GASPAR solo.

La veré; sagaz, astuto
hartos dias esperé;
de mi venganza podré
hoy mismo coger el fruto.
¡Oh! la veré, si se estrella
en su corazon de roca
mi queja, si me provoca,
¡peor, peor para ella!

ESCENA XI.

D. GASPAR, MARIA, BRUNA.

GASP. Aqui viene.
MAR. Don Gaspar.
GASP. ¿Vá usted á salir?
MAR. Ahora.
(Tira del cordon de la campanilla.)
GASP. Antes quisiera, señora,
un rato á solas hablar
con usted.
MAR. ¿Conmigo?
GASP. Si.
BRUNA. ¿Llama usted?
MAR. (No he de turbarme.)
Si, que venga á acompañarme
Isidoro, espero aqui. (Váse Bruna.)

GASP. Seré breve. ¿Acaso usté
ignora el profundo amor
de nuestros hijos?
MAR. (¡Valor!)
Don Gaspar, harto lo sé.
Y ese amor que yo respeto,
por mas que el alma me aflija,
las lágrimas de mi hija
hizo correr en secreto.
Y aunque su fuerza prevengo,
por ella no he de temer;
mi hija sabe su deber,
yo sé la hija que tengo.
GASP. Fuera obrar con mas cordura,
y de su apoyo no dudo,
unirlos en santo nudo,
labrando asi su ventura.
Cortando males prolijos,
todo con esto se explica:
¿quién, pues, no se sacrifica
por la dicha de sus hijos?
MAR. ¿Cómo, usted?
GASP. Si, yo deseo
verlos felices. Cabal.
MAR. ¡Qué mal le juzgué, qué mal!
GASP. Asi daré digno empleo
á mis caudales. No tengo
mas hijo: él es mi alegria;
su dicha es la dicha mia,
y á sus caprichos me avengo.
MAR. Perdone usted que una madre
que sufre suerte tan fiera,
en usted desconociera
el buen corazon de padre.
GASP. Todo lo que se me exija,
todo lo haré por mi hijo;
y usted, si á usted me dirijo,
¿lo hará tambien por su hija?
MAR. No me atrevo á comprender...
GASP. No es difícil de acertar.
MAR. Acabemos, don Gaspar;
¿qué me vá usté á proponer?

GASP. Nada, casi nada; entera
consagré á usted mi pasion:
¿no hay para mí compasion,
ni una esperanza siquiera?
MAR. ¡Basta; á ese precio, jamás!
GASP. ¡Siempre lo mismo!... ¡El desden!
MAR. ¿Yo labrar de mi hija el bien
con mi deshonra quizás?
Siempre en mí sus ojos fijos,
supe despreciar su amor;
y ahora ¡mas! porque mi honor
es el honor de mis hijos.
GASP. ¡El honor!... alma cobarde
á quien un nombre amedrenta...
quizás usted se arrepienta,
y entonces será ya tarde.
MAR. Quien honrada supo ser,
amenazas no consiente;
y nadie al fin se arrepiente
de haber hecho su deber.
GASP. ¿Es decir, que usted me niega
toda esperanza?
MAR. Sí, toda.
GASP. Muy bien, no se hará la boda.
MAR. No se hará.
GASP. ¡Oh, está usted ciega!
MAR. Ciego está quien no concilia
la paz de su corazon,
y olvida por su ambicion
hasta el amor de familia.
Ciego está quien tantos años,
de su ceguedad por precio,
juntó desprecio á desprecio
en un mar de desengaños.
Ciego está quien nunca vió
lo estéril de sus afanes,
pues para frustrar sus planes
me basto y me sobro yo.
Ciego está quien nnnca quiso
conocer su ruin intento...
ISID. ¿Vamos, señora? (Desde el fondo.)
MAR. Al momento.

(Cambiando de tono.)
Don Gaspar, con su permiso.

ESCENA XII.

D. GASPAR, LUIS.

GASP. ¡Me desprecia! Yo he de ver...
¿Prefiere la guerra? Sea.
LUIS. (Salgamos sin que nos vea.
Ya sé lo que debo hacer.)
(Saliendo del balcon y marchándose por el foro.)

ESCENA XIII.

D. GASPAR, despues BRUNA.

GASP. Con su virtud arrogante
mis planes trunca, y me irrita
mas y mas... ¡virtud maldita,
siempre te encuentro delante!
Hagamos la última prueba;
quizá pensándolo bien
aplaque el fiero desden
que mis furores renueva.
(Se sienta y escribe.)
BRUNA. Aun está aqui don Gaspar...
Don Isidoro me dijo...
(Se dirige al balcon.)
Veamos... No está su hijo.
GASP. ¿Qué haces, muchacha?
BRUNA. Arreglar
esto.
GASP. Aproxímate, Bruna.
Cuando vuelva á casa...
BRUNA. ¿Quién?
GASP. Tu ama. ¿Entiendes?
BRUNA. Si, muy bien.
GASP. Dále esta carta, y ni una
palabra que comprometa...
¿Estás enterada?
BRUNA. Pues.

Con que yo sirvo, esto es,
yo soy aqui la estafeta.
¿Pero sin sello, señor?
¿Y si con tantos apuros
se pierde?

GASP. Toma dos duros
para el sello.

BRUNA. Esto es mejor.

GASP. ¿Serás leal?

BRUNA. Por mi fé.

GASP. ¿Se la darás?

BRUNA. Cuando venga.

GASP. ¿Callarás?

BRUNA. Lo que convenga.

GASP. Cuenta conmigo.

BRUNA. Lo haré.

ESCENA XIV

D. JUAN, BRUNA.

JUAN. Cosa mas particular...
Será el cansancio... si... cierto...
Abre el balcon.

BRUNA. Está abierto.

JUAN. ¡Qué oscuro... no puedo dar
un paso!... ¡La vista siento
tan débil!

BRUNA. Pues es muy raro,
porque hace un dia tan claro...

JUAN. Llama á tu ama al momento.

BRUNA. Ha salido... si usted quiere
que llame al médico...

JUAN. ¡Cá!
No es menester... pasará...
Pero mi párpado hiere
agudo dolor... deseo
que mi vista se remonte
por ese azul horizonte,
y apenas... apenas veo...
¿Será aprehension? Un papel
dáme... ese... (Quitándole la carta.)

BRUNA. Es una carta.
JUAN. ¿Para quién?
BRUNA. Para...
JUAN. ¡Eh! Aparta.
(Leyendo el sobre.)
«Maria...» Su nombre en él...
BRUNA. Es de don Gaspar. Mandó
que en secreto...
JUAN. Bien está.
(¡Qué sospecha! Si será...
En otro tiempo la amó.)
Llama á mi hija.
(Váse Bruna.)

ESCENA XV.

D. JUAN.

¡Oh! Ya estoy
solo... solo con mis penas:
siento correr por mis venas
el fuego en que ardiendo voy...
Pero esta carta... ¿qué objeto?...
¿Mi esposa?... me ha sido fiel.
Sin embargo, este papel
esconde de mí un secreto.
Acabemos. (Abre la carta y lee.)
«De mi amor
»en prueba...» No puede ser...
He leido mal... á ver,
¿dónde, dónde está? ¡Oh furor!
No me dejan mis enojos
ver... toda mi fuerza empleo...
quiero leer... y no veo...
¡me arrancaria los ojos!
¿Y yo he de dar de esta suerte
á tan ruin sospecha abrigo
por no ver?... ¡Cielo enemigo,
un rayo, un rayo y la muerte!
Si mi cólera, que es harta,
en fuego se convirtiera,
aunque el cielo se opusiera

abrasaria esta carta.
¿Quién viene? ¡Isabel! Si son
infundados mis recelos,
por castigo de mis celos
la guardo en el corazon.

ESCENA XVI.

D. JUAN, ISABEL.

ISAB. Padre.
JUAN. Hija, ven, te lo ruego...
¿Dónde estás?
ISAB. Aqui.
JUAN. ¿Te extrañas?
ISAB. Pero...
JUAN. ¡Hija de mis entrañas,
abraza á tu padre ciego!
ISAB. Ciego... ¡imposible!
JUAN. Si, si.
ISAB. Padre, no me martirices.
JUAN. ¡Padre que al hijo maldices,
ni cielo hay ya para tí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO, entrando por el fondo.

¡Nadie! Estarán en su cuarto
consolando al pobre ciego.
¿Ciego? No. Pronto verá;
asi lo prometió el médico.
¡Y pensar que tal desgracia
ha de caer sin remedio
sobre una honrada familia
cuando lo esperaba menos!
Pero ya se vé, dia y noche
trabajando en su aposento,
porque nada les faltase
á sus hijos... ¡Oh! no puedo
acostumbrarme... esto es cosa
que clama á los mismos cielos.
De su amor, de sus virtudes,
¿este es merecido premio?
¡En cambio hay tantos bribones
por ahí de venturas llenos!
¡Ciego don Juan! Y con él
me quedo yo tambien ciego...
no veo luz... estoy cesante...

¿dónde encontraré un empleo?
Tengo buena letra, es claro,
pero si ya en estos tiempos
todo el mundo escribe bien
y de corrido. Esto es hecho.
Ya se acabaron mis glorias,
pues se acabaron los pleitos.
He sido muy ambicioso.
Quise á Isabel, y al momento
suprimí mis pretensiones,
ó mas bien, las suprimieron
otros amores. Despues
vi suprimido mi sueldo.
Y mientras todos suprimen,
yo á suprimir no me atrevo
el estómago tirano
que dá leyes á mi cuerpo.

ESCENA II.

ISIDORO, BRUNA.

ISID. Bruna.
BRUNA. ¿Quién? Gracias á Dios
que se le vé á usted el pelo.
ISID. Nunca he sido calvo.
BRUNA. ¡Ya!
mas no lo digo por eso...
ISID. Ni tengo pelo de tonto,
y sin embargo, es tan negro
mi destino, que —ya ves—
estoy echando mal pelo.
BRUNA. Como usted se vende caro...
ISID. ¿Caro? Ojalá fuese cierto.
Pero me doy tan de balde,
que, segun lo que voy viendo,
ni fiado, amiga Bruna,
me quieren para un remedio.
BRUNA. ¿Qué dice usted? ¿Es posible
lo que escucho? No le creo...
Ya sé yo quién...
ISID. No prosigas,

que aun cuando empleo no tengo,
no me quiero yo emplear
en... pues... He dicho... y me siento.
Espero á doña Maria.

BRUNA. (Es lo mas corto de genio...
¿Qué haria yo para animarle?)
¡Ay, ay, ay!

ISID. ¿Á qué viene eso?

BRUNA. Que me he torcido este pié...
¡Jesus, qué dolor tan fiero!

ISID. Á ver... Qué pié tan... ¿Te duéle?

BRUNA. No apriete usted.

ISID. Si no aprieto.
Es muy lindo. (Esta muchacha
cojea del pié derecho.)

BRUNA. (Nada, es un tronco.)

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA MARIA.

MAR. (Á Bruna.) ¿Qué haces?
¿no te he mandado echar fuego
en la chimenea?

BRUNA. Voy.
(Se pone á arreglar la chimenea.)

MAR. (Bajo á Isidoro.)
¿Le ha visto usted?

ISID. Há un momento.

MAR. ¿Sabia nuestra desgracia?

ISID. Si, señora.

MAR. Pero quiero
que venga. ¿No se lo ha dicho
usted?

ISID. Si.

MAR. ¿Y convino en ello?

ISID. No me respondió palabra.
Lloró, se puso el sombrero,
salió á la calle, se fué,
yo me vine aqui, y laus Deo.

MAR. ¿No dijo á usted nada mas?

SID. Si por cierto, ahora me acuerdo.

Me dijo que sin tardanza
iba á enterarse del éxito
que ha alcanzado un cuadro suyo
en la exposicion.

MAR. No veo
que ese motivo ocasione
su tardanza.

ISID. Ni yo. Pero
lo que sé de buena tinta
es que sus ojos vertieron
cuando le nombré á su padre
lágrimas de sentimiento.
Don Federico ha cambiado
mucho.

MAR. Ya lo sé.

ISID. El afecto
que profesa á su familia,
doña Maria, es sincero.

MAR. ¡Oh!

ISID. Bien caros le han costado
aquellos pasados yerros.
¡Y cómo trabaja ahora!...
¡Qué bien aprovecha el tiempo!
Es todo un pintor... ¡Quién sabe!
Tal vez su arrepentimiento,
del que no dudo, será
el bien que les guarde el cielo.

MAR. ¡Oh, muchas gracias, no sabe
usted cuánto le agradezco!...

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUAN, ISABEL.

ISAB. Vamos, despacito, aqui
puedes sentarte, papá:
la lumbre encendida está.
¿Tienes mucho frio?
(Á una señal de Maria se vá Bruna.)

JUAN. (Sentándose á la chimenea.) Si.

MAR. ¡Amigo mio!

JUAN. ¡Maria!

¿Eres tú? ¿Con quién hablabas?
MAR. Con Isidoro. ¿Me echabas
de menos?
JUAN. Sí, esposa mia.
Desde que no os pueden ver
mis ojos, siento un vacío...
No os vayais del lado mio,
creo que os voy á perder.
María, Isabel, cuán triste
vida os espera á las dos:
es la voluntad de Dios,
nadie su poder resiste.
Por mas que, sin compasion,
se aumenten nuestros agravios,
siempre suene en vuestros labios,
el eco de una oracion.
ISAB. Si de un alma entristecida
á Dios la súplica alcanza,
nuestra mas dulce esperanza,
¡oh! padre verás cumplida.
Nos lo prometió el doctor,
pronto curado estarás.
MAR. Sí, sí, de nuevo verás
á las prendas de tu amor.
Ten confianza, que en breve,
si la ciencia ha de ayudarte,
podrás la venda quitarte
al dar el reloj las nueve.
JUAN. ¡Á las nueve! Esa es la hora...
Á las nueve se marchó
un hijo que Dios me dió,
y á quien muerto el alma llora.
Lo perdí. ¡Cómo ha de ser!
Castigando mis enojos,
Dios me ha cerrado los ojos
para no volverle á ver.
¡Harto he debido sufrir!
que el tiempo pasaba breve...
y daba el reloj las nueve
sin que le viera venir.
Y renovando en su giro
mi ruda pena doblada,

con la última campanada
daba yo el primer suspiro.
¿Decis que á las nueve? Bien.
oiré sus voces sonoras...
¡Quiera Dios que con las horas
vuelvan mis dichas tambien!

ISAB. Y volverán, padre mio,
pero no te aflijas tanto...

JUAN. Isabel, mi dulce encanto...
Tambien el destino impio
en tí se cebó.

ISAB. No tal.
Yo soy feliz á tu lado.

JUAN. Tú eres el ángel bajado
para alivio de mi mal.
Pero ven acá: ¿no sabes
que á un padre nada se esconde,
que aunque tu voz no responde,
yo adivino tus mas graves
pensamientos?

ISAB. ¿Yo?

JUAN. Tú, si.
Mi amor paternal insultas,
aunque la intencion respeto:
yo ví correr en secreto
las lágrimas que me ocultas.
Como lo supo tu madre,
tambien supe yo tu amor;
Dios pone á prueba el valor
de este desdichado padre.

ISAB. No te cause pesadumbre
mi suerte... yo estoy contenta,
con que en vano te atormenta;
pero acércate á la lumbre,
papá, que hace mucho frio.

JUAN. Tienes razon. Mas abiertas
estan sin duda las puertas...
que el aire...

ISID. ¿Cierro?

(Al ir á cerrar la puerta del fondo, se psesenta Luis.)

ISAB. ¡Dios mio!

JUAN. ¿Qué ès eso? Isabel, ¿qué tienes?
¿por qué ese grito?
LUIS. Señor;
soy yo.
JUAN. ¿Luis?
ISAB. (Gozo y temor
me causa.)
JUAN. Dime, ¿á qué vienes?
LUIS. Tengo que hablar con usté
de un asunto que me importa.
JUAN. ¿Conmigo?
LUIS. Será muy corta
la entrevista.
JUAN. Escucharé.
—Maria, Isabel, de aqui
retiraos un momento,
y usté, Isidoro.
ISAB. (Lo siento:
¿si vendrá á hablarle de mí?)

ESCENA V.

D. JUAN, LUIS.

JUAN. ¿Estamos ya solos?
LUIS. Ya.
JUAN. Puedes hablar lo que quieras.
LUIS. Don Juan, yo vengo á esta casa
quizá por la vez postrera
si usted rechaza la súplica
que aqui mi planta endereza.
Á mi vida desde hoy
estos dos caminos quedan:
ó mi dicha en esta casa
ó mi desventura fuera.
JUAN. No comprendo.
LUIS. Sin tardanza,
la causa de mi tristeza
vá usted á saber. Mi padre,
á quien yo debo obediencia,
y al que siempre como un Dios
supo respetar mi lengua,

por venganzas miserables
mi felicidad entera
hoy sacrifica... Yo mismo
le escuché...

JUAN. Luis, si respetas
la autoridad de tu padre,
¿cómo de su nombre en mengua
te permites?...

LUIS. ¡Ojalá
que yo aqui el culpable fuera!
Mas mis oidos le oyeron,
y sus planes me amedrentan.
¡Ah! ¡Cuán tarde he conocido
que no me ama!

JUAN. No mientas.
¿No amarte siendo su hijo?
Deliras.

LUIS. Me sobran pruebas.
Él sabia mi pasion,
y cruel gozaba en ella;
pero mandóme callarla
y le obedecí sin tregua.
Resignado al sacrificio,
no una, mil vidas diera,
por evitar á mi padre
con gusto la menor pena.
Pero hizo el acaso un dia
que de mis ojos la venda
cayese, que yo indagase
de sus planes la certeza,
¡y me horroricé, don Juan,
del padre que Dios me diera!

JUAN. ¿Y escuchaste?

LUIS. Todo: el alma
tengo desde entonces muerta.
¿Fué en mi casa, no es verdad,
donde supiste?

LUIS. ¡Oh vergüenza!
Aqui lo escuché. Despues
de aquella terrible escena,
me eché á los pies de mi padre,
regué sus plantas en muestra

del pesar que en mí produjo
su amenaza... ¡vana empresa!
Irritado contra mí
y ajeno á toda clemencia,
levantó airado la mano,
y me escarneció con ella.
Salí jurando de casa
la separacion eterna,
que desde hoy entre nosotros
por su cónducta comienza.
Al venir aqui, señor,
sé la honradez que se alberga
bajo este techo...

JUAN. (Él lo quiso...
él me ultrajó... ¡Providencia!)

LUIS. Huérfano soy, me abandona
quien protegerme debiera...
No me abandonen ustedes...
¡Doña Maria es tan buena!...
Su ejemplo es el de las madres
que mantienen su honra ilesa.

JUAN. El cielo con sus virtudes
mis amarguras compensa.
Pero, Luis, nada podemos
hacer en tu obsequio. Piensa
que los derechos de un padre
son sagrados; que en la tierra
nadie contra sus mandatos
tiene suficiente fuerza.

LUIS. Contra el honor, ni los padres
pueden pedir obediencia.
Yo daré por él mi vida
si es que asi pago la deuda;
pero el honor es de Dios,
y de él á Dios daré cuentas.

JUAN. ¿Y es honroso abandonar
á un padre que en su funesta
ceguedad no vé los riesgos
que en todas partes le cercan?
¿Por ventura, no seria
mas noble y digna tarea,
soportando sus desprecios,

guiarle por otra senda?

LUIS. Don Juan, no busco razones
que mi conducta defiendan;
solo sé que con lo hecho
tranquila está mi conciencia.

JUAN. ¿Te imaginas el dolor
que quizá á sentir empieza
ya tu padre?

LUIS. Siempre el cielo
imparcial castiga y premia.

JUAN. ¿Desde cuándo ha sido ley
la ingratitud?

LUIS. ¡Oh, me pesa
haber dado esta ocasion
para que usted me reprenda!
Haré lo que usted me mande.
¿Qué mas puedo hacer?

JUAN. No creas
que es tan grande el sacrificio.
Yo hablaré á tu padre, y mientras,
mi casa será la tuya.

ESCENA VI.

DICHOS, BRUNA.

BRUNA. Señor, don Gaspar desea
hablar con usted: me dijo
que á suplicarle viniera
una entrevista y á solas.

JUAN. ¿Lo ves? La ocasion es buena. (Á Luis.)
Retírate.—Di que entre. (Á Bruna.)

ESCENA VII.

D. JUAN solo.

¡Cuánto siento que no puedan
leer mis ojos su espanto
en su mirada de fiera!
Pero, sin embargo, presto
voy á humillar tu soberbia.

Traidor amigo, que astuto
disturbios y llanto siembras,
por esta vez en tu frente
caerá la justicia eterna.
Voy á tenerle á mis plantas
sin que mi ojos le vean...
¡ya que en ellos falten rayos,
que haya truenos en mi lengua!

ESCENA VIII.

D. GASPAR, D. JUAN.

GASP. Está usted solo. Me alegro.
Hablar á usted me precisa
de un asunto...
JUAN. Aqui... mas cerca...
GASP. ¿No sigue mejor la vista?
JUAN. Si, mejor... pero dejemos
cumplimientos que me irritan.
GASP. ¡Don Juan!
JUAN. Don Gaspar, ya es hora
de que ajustemos antiguas
cuentas.
GASP. No comprendo...
JUAN. ¿No?
Pues fácilmente se explicá:
¿á qué viene usté á esta casa,
donde la honradez se anida?
GASP. Ese lenguaje...
JUAN. Es muy propio
de aquel que no solicita
ni amistades que le venden
ni alianzas que le humillan.
GASP. Si yo he dado algun motivo
para que usted me reciba
con esa dureza, luego
podrá aclararse el enigma.
Ahora vengo por mi hijo,
que aqui mi presencia evita,
y despreciando mis órdenes
contra mí propio conspira.

JUAN. ¡Y con razon que le sobra!
GASP. Solo usted se la daria.
JUAN. Aun me culpa el miserable...
¡Misericordia divina!
Esta carta es suficiente
á confundir la malicia:
(Saca la carta.)
cada una de sus palabras
veneno puro destila.
Su contacto me estremece.
(Desdoblándola.)
¿La conoce usted? (Enseñándosela.)
GASP. La mia.
JUAN. ¡Silencio! Que no lo escuche
ni el aire que aqui se aspira,
porque infestan hasta el aire
palabras tan corrompidas.
GASP. ¡Basta! No busco disculpas.
JUAN. ¿Qué disculpa absolveria
al que robar se propuso
la honra de un familia?
GASP. Pues bien; si yo en un momento
de locura ó de avaricia
osé al amor de su esposa
con insensata osadia,
dispuesto estoy á pagar
mi torpeza con la vida.
Debo salir de esta casa,
en donde ya no me ligan
amistades que pasaron
y que hoy en odio terminan.
Llame usté á mi hijo: vengo
decidido á que me siga.
JUAN. ¡Su hijo! ¿No sabes, necio,
que avergonzado suspira,
y de su padre reniega,
y huye, y te odia?...
GASP. ¡Mentira!
¡Á su padre!
JUAN. Si; que el cielo
en su divina justicia,
todos nuestros devaneos

con ese amor nos castiga.
GASP. ¡Odiar á su padre!
JUAN. Aquí
le oí puesto de rodillas,
suplicándome el apoyo
que su orfandad solicita.
GASP. ¡No puede ser!... ¡Es mi hijo!...
JUAN. Tarde á conocerlo aspiras.
Ejemplo tan pernicioso
ante sus ojos ponias,
que hoy su noble corazon
contra su padre se irrita.
Cuando esta carta que ahora
de tí propio te horroriza,
á una cariñosa madre
torpemente dirigias,
para que yo á tu presencia
haga, sin leerla, trizas (La rompe.)
y te arroje los pedazos
con el horror que me inspiras;
cuando esto escribiste, dí,
¿no pensabas, no sabias,
que tú tambien, miserable,
eras padre de familia?
GASP. ¡Cielo!
JUAN. Le invocas en vano.
GASP. ¡Oh, mi alma necesita
el cariño de mi hijo!
JUAN. Tambien lo anhela la mia.
¡Hé aqui tu obra, contempla
en qué dolor nos abisma!
GASP. ¡Quiero verle! ¿dónde está?
JUAN. ¡Huirá de tí! ¡de rodillas
pide á Dios que te lo vuelva...
¡suplica tambien... suplica!
GASP. Jamás: yo haré que á mi voz
se postre su rebeldia.
JUAN. ¡Oh! cuando sus propias faltas
avergonzarle debian,
sin que un rayo lo confunda,
aun alza la frente altiva...
¡Y eres padre! Y al saber

que el que adorarte debia
te aborrece, ¿no se rompe
con la terrible noticia
tu pecho y salta en pedazos
y te envuelve entre sus ruinas?
¡Oh, las fieras como tú
no tienen hijos... mentira!

GASP. ¿Y quién de los sentimientos
que mi corazon abriga
se atreve á dudar? ¿Acaso
no perdiera yo la vida
con gusto, antes que perder
la menor de sus caricias?
Todo hoy contra mí se vuelve...
¡Oh, pena bien merecida!
Tiene usted razon, no es justo
que amor ni cariño exija.
—Del que sembró ingratitudes,
esta es la cosecha digna.
—¡Adios!
(Dando un paso para salir.)

JUAN. ¿Qué es eso?

GASP. Me voy.

JUAN. No será, por vida mia.
Quien reconoce sus faltas,
en enmendarlas estriba
su reposo. Yo no debo
dejarle en tan ruda cuita
sin reconciliar al padre
con el hijo. Todavia
es tiempo.

GASP. ¿De veras?

JUAN. Si.
¿Qué otra cosa presumias?
¡Maldicion sobre el que intente
separar á los que ligan
en este mundo los lazos
sagrados de la familia!

GASP. Tanta generosidad
me pasma y me maravilla.

JUAN. ¡Luis! (Llamando.)

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS.

LUIS. ¿Me llama usted?
JUAN. Tu padre
te busca.
LUIS. ¡Señor! (Bajo á D. Juan.)
JUAN. Cumplida
satisfaccion has de darle.
LUIS. Padre, yo ciego de ira
me separé de su lado.
Desesperado y perdida
la esperanza, aqui me trajo
tal vez la suerte propicia.
Los consejos de don Juan
me volvieron á la vida...
GASP. ¡Él!
LUIS. Padre mio, perdon,
se lo pido de rodillas.
GASP. ¡Hijo, aqui, en mis brazos!
JUAN. ¡Esa
es mi venganza!

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, MARIA.

ISAB. (Con un periódico.) ¡Noticia,
papá!
JUAN. ¿Qué ocurre?
ISAB. ¡Qué glorias
para mi hermano!
JUAN. Loquilla,
vamos, se puede saber...
ISAB. Escucha.
JUAN. ¿Qué significa?...
MAR. Lee, Isabel, que tu padre
comprenda nuestra alegria.
ISAB. ¡Oh, se me saltan las lágrimas
de tanto gozo!

MAR. ¡Lee!

JUAN. ¡Aprisa!

ISAB. Este periódico trae
la siguiente gacetilla:
(Leyendo con emocion.) «La Academia ha concedido el primer premio en la exposicion de pinturas al cuadro presentado por el jóven artista don Federico Montenegro, y al cual se le desigua con el nombre de *El cuadro de familia*. La admiracion que ha causado esta obra, que coloca á su autor al nivel de los primeros artistas, no hay palabras con que encarecerla. Hé aqui las figuras principales de este cuadro, todas perfectas y formando un conjunto admirable. En primer término se vé á un anciano ciego, pero lleno de nobleza y dignidad...»

JUAN. ¡Eso dice! ¿No me engañas?

ISAB. Papá, déjame que siga.
(Leyendo.)
«Á su derecha se vé la figura triste de una mujer que parece su esposa, y que en su actitud manifiesta estar rezando; á los pies del anciano, una jóven como de quince años, lee en un libro mientras el anciano juega con sus cabellos.»

JUAN. Pero ese cuadro, ese cuadro...

ISAB. ¿No comprendes que el artista
tenia en su pensamiento
el cuadro de su familia?

JUAN. No nos ha olvidado, no...
¡Ah, que el cielo le bendiga!
(Dan las nueve en el reloj de sobremesa. D. Juan vá á quitarse la venda de los ojos.)
Las nueve...

ISAB. El médico dijo...

MAR. Dios mio, dadle la vista...
(Suenan tres golpes en la puerta del fondo, que estará cerrada.)

JUAN. ¿Quién llama?
(La puerta del fondo se abre, y se presenta Federico.)

ESCENA XI.

DICHOS y FEDERICO.

TODOS. (Menos D. Juan.) ¡Ah!
JUAN. ¿Qué sucede?
ISAB. Deseo que me permitas
acabar... una figura
falta en el cuadro...
JUAN. ¡Bien, hija,
pronto!|
ISAB. (Leyendo.) «En el fondo de este cuadro, y so-»bre el dintel de la puerta, aparece la figu-»ra triste de un jóven, con la cabeza inclina-»da hácia el suelo y los brazos extendidos, co-»mo quien espera el perdon de su padre.»
JUAN. De su padre... es él...
(Se quita la venda y vé á Federico.)
¡Hijo!
FED. ¡Padre!
MAR. ¡Qué alegria
tan grande!
ISAB. ¡Ya está completo
el cuadro de la familia!
JUAN. Dios, por premio á mis enojos,
devuelve en su compasion
un hijo á mi corazon,
la luz del cielo á mis ojos.
¡Cómo corre el tiempo breve!
Cuán poco, mi hijo, tardaste;
á las nueve te marchaste,
y estás de vuelta á las nueve.
Borremos de la memoria
tanta pasada vigilia;
que hoy entras en la familia
por la puerta de la gloria.
¡Maria, Isabel! Os ven
mis ojos... ¡Dios es tan bueno!
Vuelve, hijo mio, á mi seno...
¡Tú serás nuestro sosten!
FED. Si alcanzo tal galardon

que nuestra ventura labre,
será porque usted me abre
las puertas de su perdon.

GASP. Permítame usted, don Juan,
que le dé mi enhorabuena;
hoy mismo marchar me ordena
cierto negocio...

ISAB. (¡Se van!)

GASP. Voy á Italia... mas sin él,
(Señalando á su hijo.)
si usted nos hace el honor
de conceder á su mor...

ISAB. } ¡Ah!
LUIS. }

GASP. La mano de Isabel.

JUAN. Si ellos se adoran... ¿quién trunca
sus amantes ilusiones?
Únanse sus corazones.
Los padres no deben nunca,
si intentos nobles abrigan,
maldecir, sino guiar...
¡Ni los hijos deben dar
motivo á que los maldigan!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 4 *de Diciembre de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

minio de un inocente.
ior y el trabajo.
re de familia.
pobre.
sco el inclusero.

por honra.

segunda.

de Arco.
de Nápoles.

s de Dios.
y Romeo.
nfarrones del vicio.
tasara.
en copa de oro.
o me llamo, ó carbonero
oledo.
aores de la niña.
apana vengadora.
sis.
gria de la casa.
ujeres de mármol.
te del Rey poeta.
s manias, ó cada loco con
tema.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.
La novela de la vida.
La torre de Garán.
La escuela de las madres.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.
No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ólos duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

a por Valladolid.
bra á este caballero.
ma hora.

, pirita y alcohool.
y soltero.

ainutos de reinado.
isenando. *(La música.)*

or y el almuerzo.
mete. *(La música.)*
mpeta del archiduque.
ámbulo.
s en Chamberi.
rez.

s á Dios que está puesta
esa.
a é muerte. *(La música.)*
or liebre.

orra.
odas de Juanita.
ma del Rey. *(La música.)*
os ciegos.
znela

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantízima.
Las distracciones.
La vieja y el granadero.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osoruo é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y Mántaras.
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Aranda.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Meneses.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodriguez.
San Martin de Valdeiglesas.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Castro.
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredia.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal.